

LEJANO INTERIOR/ COMBATE/DISTANCIA

AUDOMARO HIDALGO

LEJANO INTERIOR*

Desde algún lugar algo o alguien se lamenta, escucho mi nombre como un eco. Doy vueltas y vueltas, desde hace tiempo doy vueltas y no desemboco. Voy de ningún lado hacia ninguna parte. Salgo de un corredor y me descubro en un largo pasillo. Tropiezo conmigo, con los que he sido. Ando a tientas. La salida es hacia dentro. Hay que perforar los muros. Hay trozos de piel que crujen como cáscaras bajo mis pasos, como ramas secas crujen. Voy a los tumbos. Subo escalones y bajo a los sótanos del deseo. Hay persianas que nunca han sido abiertas. Del otro lado hay abigarradas moles oscuras, aves de estridencia, la cadena de cristal del invierno comienza a engarzarse afuera. Camino de mi sombra a mi pensamiento. Deambulo por mis vericuetos inextricables, por enconadas malezas y tupidas vegetaciones. Camino y reconozco el metal de mi voz. ¡Ey!, ¿quién vive? Pero nadie me escucha. ¿Hay alguien que responda? Hay un eco y después un silencio de ciudad confinada. Afuera la noche ha lanzado sus grandes anclas de carbón. La luz se ha calcinado como una hilera de soles. Las heridas y las culpas se lavan en casa, con el agua donde habita el escorpión se limpian, pero no se vendan. Busco el bastón de ciego de mis sentidos. Oigo los pasos de mi sangre

17

Cinzontle

*(Villahermosa, 1983). Estudió literatura hispanoamericana en la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe, Argentina. Ha publicado los libros de poemas *Sajadura* (2022), *Pequeña historia de la destrucción* (2017), entre otros; el ensayo de imaginación creativa, *Madre saturno* (2020). Ha traducido *Medea* de Pascal Quignard, *Pequeño elogio de la poesía* de Jean Pierre Siméon, *Apocalipsis para nuestro tiempo* de Yves Ouallet, y poemas de Gabrielle Wittkop. Su libro más reciente es *Los designios de la intemperie*. Vive y escribe en Francia.

desnuda, las olas revueltas de mi pensamiento me arrastran. Camino del lado nocturno del día. Doy vueltas sin encontrarme. Mi pensamiento no depone las armas. Me hinca, me hace preguntas y con dos dedos me pica los ojos si lo miro de frente. Sufro la tenacidad de mi pensamiento. Encerrado, voy y vengo como el felino en la espesura de sus instintos. Desde allá, donde quiera que sea allá, alguien o algo me llama, dice mi nombre. No sé si he entrado o si ya he salido.

COMBATE

Contra el silencio empedernido de la piedra; contra el mármol vuelto al fin comestible por el cincel de la paciencia; contra los graznidos que florecen al otro lado de la ventana, del otro lado de la noche; contra el muro ensimismado que me sitia, rostro de viejo centinela que no acaba de amanecer y que tiene por ojos dos verdes lagunas de mohó; contra ustedes, sanguijuelas horarios que chupan el tuétano del hombre y doblegan sus hombros; contra ustedes, mercaderes que pretenden enlutar el alma, enlutar la vida, rociar de pesticidas las raíces del lenguaje, darnos el pan lamido por la muerte; contra ustedes, leyes y salarios sucios como un urinario público; contra el loco molino de la fantasía, contra su cortejo de niebla; contra el ramo de injurias y el haz de relámpagos que mastican y escupen los enemigos, mejor el canto. El canto del fuego sostenido.

DISTANCIA

No, no es hora de volver. No es momento de retroceder y tomar impulso. ¿Dónde habría de caer? No he ganado nada, tampoco he perdido algo. Todo me ha dejado y yo he soltado todo. Los títulos, los grados, el diploma, los diplomados, el certificado, el pasaporte, el comprobante, el tic-

ket, el cheque, el choque, el seguro médico, los impuestos, las medidas y las consignas, el acta de nacimiento, el acta de renacimiento, el carnet de las vacunas, los citatorios, las firmas, las fórmulas, los formularios, las declaraciones, las audiencias, el número de turno, no dicen lo que soy. Orino en medio de las salas de espera, delante de los que esperan, los que hacen filas, los aspirantes, los suspirantes, los suplicantes, los suplentes, los claudicantes, cómodos en su zona de rencor disimulado. No hay marcha atrás ni hacia adelante. No hay «vuelvo mañana» o «ya regresé». No hay retorno ni carril de alta velocidad. Quitó el pie del acelerador pero no avanzo en punto neutro, por inercia. Terminaron los tiempos de decir «ayer no tuve tiempo» o «lo hago mañana». Se acabó el tiempo de las apuestas ciegas, de jugar a las carreras. Me despido del que fui, aún no soy el que seré. Nunca soy sino forma y disolución de la forma. Pierdo y creo el tiempo, el mío, el saco de tiempo de mi talla. Me demoro. Me siento a tomar un poco de sol blanco en invierno. Tengo hambre de vida y mucha muerte por delante. Estoy plantado en este instante, en este cuarto, a la deriva de mi cuerpo, a orillas de mi pensamiento, echados junto a mí. Estoy de pie, limando una sílaba que pueble de palabras como labios incandescentes la noche muda, el minuto mudo, la lengua atravesada por un cuchillo, el lenguaje de cubrebocas que murmuran, cuchichean, susurran, intrigan, el lenguaje en voz baja, enmascarado, embozado, encapuchado, irreconocible, intraducible, apenas audible. No me acerco pero tampoco me alejo. No hay punto de partida ni de llegada. Ser la vista y los oídos y los sueños del arquero. Ser la flecha y el arco, la vibración de la cuerda y su resonancia interior, el blanco siempre nómada. ¡Ser una existencia, tener un rostro!